

Homilía Eucaristía en Sufragio por D^a Gloria Ayuso,
madre de D. Fernando, obispo
Catedral del Buen Pastor – San Sebastián
06.02.2026

Apaiz lagunok, erlijioso eta erlijiosak, querido santo Pueblo de Dios que peregrina en Gipuzkoa, amigos, amigas...

Gracias. Eskerrik Asko! Mila esker, bihotzez, ospakizun honetan parte hartzeagatik. Llenáis esta catedral, no solo con vuestra presencia, sino con vuestro afecto, vuestra oración y cercanía con vuestro obispo. Gracias por hacerme sentir querido y por hacerme sentir la fraternidad creyente que nos une como Iglesia en camino. Sin duda, la horfandad es menos horfandad cuando la Iglesia se hace madre, hermana y amiga. Hoy este templo es un hogar que acoge, una Iglesia que abraza, un pueblo que camina unido.

Nos reunimos para celebrar la esperanza; para seguir encomendando al Señor el eterno descanso de mi madre Gloria. Después del funeral del lunes en Las Arenas, mi pueblo, hoy lo hacemos nuevamente juntos, aquí. No venimos solos. Venimos sostenidos unos por otros. Venimos como creyentes que saben que el dolor compartido pesa menos y que la fe, cuando se celebra en comunidad -me lo habéis oído otras veces-, se vuelve más fuerte y más luminosa. Gracias por hacerme sentir acompañado, sostenido, iluminado por la fe que compartimos. Mila esker, benetan.

El Buen Pastor que nos preside es una imagen fuerte que nos recuerda que Él conoce a sus ovejas, las llama por su nombre, no abandona a ninguna y, cuando llega la hora del paso definitivo, las acompaña y las toma en sus brazos. Es nuestra esperanza. Es nuestra fe.

La Palabra de Dios que acabamos de escuchar no esquiva el misterio de la muerte, pero lo ilumina. Nos recuerda que nuestra vida está en manos de Dios, que no somos fruto del azar ni caminantes sin destino. Somos hijos, llamados por nuestro nombre, esperados por Aquel que es fiel y que no abandona la obra de sus manos. Somos buscados, amados y esperados.

Hoy, desde esta catedral, quiero compartiros con sencillez que el duelo no es solo tristeza. El duelo, vivido desde la fe, es también agradecimiento. Agradecimiento por una vida recibida, por una historia compartida, por todo lo bueno que ha sido

sembrado y que permanece. El Señor nos regaló esta madre maravillosa. También un padre maravilloso, su esposo D. Ramiro. La vida de Gloria, mi madre, ha sido una de esas vidas que no hacen ruido, pero que han dejado poso en quienes la conocimos y disfrutamos. Una vida entregada, discreta, constante. Una vida tejida de familia, de amor cotidiano, de fidelidad, de cuidado de los suyos.

Cuando una madre se va, algo muy hondo se mueve dentro. Se remueven las raíces. Pero también se descubre, con el paso de los días, que esas raíces estaban bien hondas. Que lo recibido sostiene. Que lo aprendido permanece. Que el amor no se pierde.

Hoy, en esta catedral —corazón espiritual de nuestra diócesis— quiero agradeceros explícitamente tanto cariño recibido. Gracias, especialmente a tantos sacerdotes de esta diócesis que me han mostrado su cariño y su cercanía fiel, gracias también a tantos hermanos claretianos que de muchos lugares del mundo han hecho lo propio, a muchos de mis hermanos en el episcopado, a numerosas comunidades religiosas, a tantos laicos y laicas, gente cercana que trabaja en los servicios de la diócesis y tantas otras personas que, desde la sencillez, se han acercado con un watsapp, una palabra, una oración, un abrazo. El funeral celebrado en mi pueblo, con mi familia, mis vecinos y amigos de toda la vida fue impresionante. Muchos de vosotros también vinisteis.

Gracias por acompañar así a vuestro obispo. Os aseguro que ese gesto no se olvida. Os lo digo con el corazón en la mano: ese apoyo sostiene, consuela y fortalece más de lo que imagináis. Es Evangelio vivido. Es la Iglesia que cuida. Es la fe hecha cercanía. Es la realización clara de lo que ha de ser siempre la Iglesia para todos: una madre cercana que sabe de besos, que sabe de abrazar, que sabe de carne. Así, la Iglesia se hace un signo preclaro en medio del mundo de que Dios acompaña siempre a su pueblo. En su corazón estamos todos. Nadie queda fuera de su amor. Más allá de toda circunstancia, cada cual, con su vida auestas, tiene un lugar en el corazón de Dios. Y la Iglesia se lo muestra al mundo cuando es madre.

Mi madre gloria nos lo enseñó. Ella fue realmente una mujer de fe y esperanza. Creyó de una manera sencilla y profunda. Creyó sin estridencias, sin discursos grandilocuentes, sin pretensiones. Creyó como creen tantas mujeres creyentes que han sostenido la Iglesia desde abajo, desde la casa, desde la parroquia, desde la oración perseverante. Su fe fue un hogar. Un lugar donde aprender a confiar, a servir, a no desfallecer. Mi madre fue esposa, suegra, hermana, amiga... pero sobre todo fue Madre.

Hoy la encomendamos al Señor con paz. No desde la resignación, sino desde la confianza. Sabemos en quién hemos puesto nuestra esperanza. Creemos que la muerte no tiene la última palabra. Creemos que el amor es más fuerte. Creemos que Dios acoge, consuela y da plenitud.

Cuando alguien tan querido se nos va, sentir la ausencia es inevitable. Pero no caminamos sin luz. La fe no nos roba las lágrimas, pero les da sentido. Nos permite mirar más allá. Nos recuerda que seguimos unidos de otra manera, más honda, más definitiva.

Que el Buen Pastor, rico en misericordia, reciba a nuestra madre en su paz. Que nos conceda a nosotros un corazón agradecido y confiado. Y que sepamos acompañarnos siempre así: con respeto, con cariño, con ternura, con fe compartida. Y que esta Iglesia de Gipuzkoa siga siendo siempre lo que hoy muestra con tanta verdad: una comunidad que cuida, que acompaña y que ama.

Que su alma, y las almas de todos los fieles difuntos, por la misericordia de Dios, descansen en paz. Amén.